Así fuimos

de Miguel Signes

Fermín Cabal

Así fuimos

de
Miguel Signes

Edita
Ediciones de la Diputación de Salamanca, 2008

Colección
Lengua y Literatura, n.º 24

¿Y cómo fuimos? Pues, a juzgar por lo que dice uno de los personajes principales de esta obra, unos idiotas. Juicio severo, amargo, melancólico. ¿De verdad es así? El autor de la pieza *La máquina del tiempo* cree que la tesis es defendible y la ilustra con la muerte, el suicidio, de la protagonista, Anamaría, que, incapaz de sufrir que su amado Rafael, el dramaturgo al que ha dedicado toda su vida, pacte en un alarde de posibilismo con el Centro Dramático Nacional, y emborrone así su inmaculada trayectoria de autor maldito, marginal e incombustible, se inmola heroicamente, quién sabe si para impedir con su noble gesto el descarrío final del poeta.

Contado así, el argumento de esta pieza de Miguel Signes (Valencia, 1935) titulada *Así fuimos* y que publica Ediciones de la Diputación de Salamanca (2008) parecería un drama romántico, apasionado, turbulento, de gran gesto, condenado a servir de libreto a algún compositor del siglo XIX (todavía queda alguno) para escribir una ópera. Pero la realidad es muy diferente. La escritura de Signes no tiene nada de romántica. El poeta es sobrio, contenido, didáctico a veces. Sus personajes son reflexivos, razonadores. Se esfuerzan ellos por entender y es transparente que también quieran que el espectador los comprenda. Además, por si fuera poco el relente brechtiano que nos hace levantar las solapas de la americana, Miguel Signes sumerge su fábula en un baño helado metaficcional que nos sorprende y nos devuelve, tiritando, a la cruda realidad, mucho menos heroica, mucho menos romántica (gracias a Dios) y mucho más reconocible. El «así fuimos» inicial se sustituye cáusticamente por un doloroso «así somos».

Miguel Signes pertenece a esa generación nacida en los años treinta y que se ha chupado la Guerra Civil, los años del hambre y de los fusilamientos, la España de olor a sobaco rancio de curas «hideputas» y de militares miserables y carroñeros. La España donde no se hablaba de ciertas cosas, donde había que apartarse para oír la BBC, donde el talento era peligroso y había que esconderlo o marcharse al extranjero. La España fascista tutelada por los demócratas norteamericanos, la España emigrante, primero a las grandes ciudades, después… mucho más lejos. Y esa España que solo podía mover a la indignación a las almas buenas, como lo es la de Miguel Signes, poco a poco empezó a estirarse, a levantar la cabeza, a abrir la boca aun a riesgo de que se la reventaran, y llegó a soñar con recuperar la dignidad perdida, y empezó a ganar la calle, y la opinión y… y entonces llegó el felipismo. Y de toda aquella ilusión, de toda aquella esperanza, de toda aquella alegría, hizo un amasijo de harapos, los pateó, los arrastró por el fango y terminó convirtiendo el suelo español en un lodazal de mierda y sangre donde solo prosperaban los golfantes, los necios, los sumisos. El último bocado amargo que le quedaba por tragar a Anamaría, el aprendizaje de la decepción, no era fácil. Y menos si ese tránsito se tiene que hacer a solas, mientras una ve como sus amigos, más razonables, agachan primero la cabeza, miran para otro lado después, y finalmente, genuflexos, lamen el esfínter anal de los nuevos próceres; lo más probable entonces es que el desvarío se apodere de la mente y en el horizonte de nuestros días la Parca sonría acogedora.

Pobre Anamaría. A lo largo de *La máquina del tiempo* nos conmueve con sus memorias magnetofonizadas obsesivamente, a la manera del Krapp de *La última cinta,* reflejando poco a poco, en un mosaico fragmentado pero bien reconocible, su experiencia de mujer de su época, sometida, domesticada y, lo que casi es peor, enamorada. Porque el amor de Rafael la esclaviza todavía más. «Él es lo único que no se me ha roto en la vida», confiesa en un momento de debilidad, que es uno de los más emo-

tivos de la obra. Pero el autor, y cómo se lo agradecemos, se apiada finalmente de ella y, acudiendo a la magia del teatro, la devuelve a la vida, como Blancanieves, como Jesucristo, como ET, como tantas almas cándidas que han iluminado nuestra infancia (también cándida, porque de lo que se come se cría). Una magnífica sorpresa final que nos obliga a reconsiderar radicalmente la historia, deparándonos una aristotélica anagnórisis contundente: no era esa la verdadera Anamaría, sino un fantasma producto de la mente de su marido, que así la ve, así la escucha, o así la imagina narcisistamente. La verdadera Anamaría no termina de creerse la historia, y con todo derecho, porque no es la suya, y se lo advierte a su cónyuge: «Nadie se creerá que la protagonista se suicide por ese motivo». ¿No? ¿Entonces no te gusta?, pregunta atribulado el autor dramático. Y Anamaría contesta, a mi juicio con toda la razón del mundo: «Me gusta, me gusta mucho. Y me gustará todavía más cuando te atrevas a corregirla. Cuando te atrevas a decir la verdad sin tapujos. Cuando escribas con las tripas y abandones la pía ilusión de que la razón puede dar cuenta del mundo. Puede ser una gran obra. Y no te preocupes: no te la estrenará el Centro Dramático». ■

Visita nuestra web
www.aat.es

EL PORTAL DE LA DRAMATURGIA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA.

AUTORES, BIOGRAFÍAS Y SINOPSIS DE OBRAS DE TEATRO.